

Los orígenes de la



Comisión Trilateral

**Joaquín
Estefanía
Moreira**

DESDE que en abril de 1979 trece españoles de élite entraron a formar parte de la Comisión Trilateral, todos los análisis y comentarios que se han hecho en España en materia política y económica han debido tener en cuenta esta circunstancia nueva. Y sin embargo, en muchos de ellos ha imperado un aura de misterio que no se corresponde con el verdadero carácter de la Trilateral. Uno de esos trilaterales españoles me decía hace poco: «Muchos amigos me han preguntado si soy masón»...



«Alguien dijo (hoy vemos que exageradamente) que después del Vietnam, Estados Unidos no podría volver a colocar jamás a los marines fuera de sus fronteras naturales.»

ALGO semejante ocurrió en la segunda mitad de los setenta, cuando James Carter fue elegido presidente de los Estados Unidos y dieciocho miembros de su gabinete, junto con él mismo, resultaron ser socios de «un poderoso club privado llamado Comisión Trilateral». El mundo se preguntó asombrado en qué consistía tal club y cuál era su poder real, que le permitía acceder a la Casa Blanca en tan numerosas condiciones. Y sin embargo, la Comisión Trilateral existía desde julio de 1973, en que fue fundada bajo el patrocinio del poderoso banquero americano, David Rockefeller. Tres años en los que la Comisión había adquirido cohesión y acumulado fuerzas en la sombra. Se había seguido a rajatabla aquella recomendación de los socios japoneses, que en el primer pleno celebrado en Tokio el 23 de octubre de 1973, expresaron su temor ante el hecho de que desde el principio se conociese el verdadero poder de la Trilateral, y los resentimientos que generase —no sólo entre sus enemigos potenciales, sino entre otros personajes con las mismas características que los que la formaban y se habían quedado fuera—, frenasen su desarrollo. Los japoneses pidieron una discreción extrema en todas las declaraciones públicas de la recién creada institución privada.

A consecuencia de esto, el primer período de la Trilateral fue rodeado de silencio, de informaciones a medias que sirvieron para crear un mito que sólo se corresponde en parte con la realidad. El ambiente de misterio y cierto carácter masónico acompañaron a la Trilateral hasta poco después de la elección de Carter. Ese ambiente y ese carácter persistieron en buena medida en España, hasta el pasado año.

EL SINDROME DE VIETNAM

En el principio fue Vietnam. El fin de la guerra supone la bisagra en todo un modo de dominación de los Estados Unidos. Alguien dijo (hoy vemos que exageradamente) que después de Vietnam, Estados Unidos no podría volver a colocar jamás a los marines fuera de sus fronteras naturales. Era preciso remodelar el sistema de poder en el mundo frente al creciente entusiasmo del Tercer Mundo y de las fuerzas progresistas de todo el planeta. Había que adecuar la táctica a los nuevos tiempos, persistiendo en la estrategia de la hegemonía USA. Es curioso observar la opinión de Nixon sobre el desenlace de la guerra, cinco años después: «**Militar y políticamente habíamos ganado la guerra de Vietnam. Pero la derrota fue arrebatada en-**



«Militar y políticamente —dijo Nixon, una vez acabado el conflicto— habíamos ganado la guerra de Vietnam. Pero la derrota fue arrebatada entre las fauces de la victoria, debido a que políticamente la guerra se perdió en los Estados Unidos.»



«...En una convulsión de ceguera y de despecho —según Nixon—, los Estados Unidos se desprendieron de lo que habían conseguido conquistar a muy alto precio...».

tre las fauces de la victoria, debido a que políticamente la guerra del Vietnam se perdió en los Estados Unidos. La paz, que, por fin, habíamos conquistado en enero de 1973, hubiera podido ser puesta en vigor, y ahora el Vietnam del Sur sería una nación libre. Pero en una convulsión de ceguera y de despecho, los Estados Unidos se desprendieron de lo que habían conseguido conquistar a muy alto precio... Alimentada por los grandes medios de difusión, y a menudo por los «disidentes» atormentados por remordimientos de conciencia que fueron los primeros culpables de ciertos errores políticos, la opinión pública norteamericana estaba envenenada...» (1).

Con Vietnam acaba una etapa de dominación preferentemente transterritorial para pasar a una forma más sutil de penetración: la del capital multinacional. Ello no quiere decir que ambas fórmulas fuesen incompatibles; de hecho, se habían complementado hasta entonces. Lo que ocurre es que a partir de Vietnam se considera que ha llegado la hora de poner la economía en primera fila. Los intereses multinacionales, sin

gobernantes norteamericanos y abren una vía de «convencimiento y diálogo» preferible al enfrentamiento directo, que tantos costes había tenido.

El final de la guerra del Vietnam coincide (es una de sus causas) con la parte baja del ciclo económico en Estados Unidos: continuas devaluaciones del dólar para hacer frente al creciente déficit comercial, y poco después, intento de embargo del suministro de petróleo por parte de los países árabes, que no se lleva a cabo, e incremento efectivo de los precios de los crudos. Es el principio de la crisis de Occidente.

A mediados de la década de los sesenta, los países europeos más dinámicos, sobre todo Alemania Federal, y Japón, inician un período en el que el crecimiento de sus respectivos Productos Nacionales Brutos es superior al que se da en Estados Unidos. Ello supone el comienzo de una etapa ofensiva económicamente que tiene su punto álgido a principios de los setenta, con unos Estados Unidos exhaustos por el esfuerzo de la guerra. Así pues, las contradicciones económicas entre los países más avanzados se ponen de manifiesto explícitamente y se discute el papel hegemónico que ha tenido hasta entonces Estados Unidos. Se impone

(1) Nixon, Richard. «La verdadera guerra», pág. 135. Barcelona, 1980.



El entonces Presidente de los Estados Unidos, Richard M. Nixon, en compañía del presidente de la Comunidad Económica Europea, Jean-François Rey.

una estrategia trilateral cuya filosofía pasa por considerar al mundo como una aldea, sin fronteras económicas que delimiten los intereses de las grandes compañías multinacionales. David Rockefeller, uno de los representantes más genuinos de esta estrategia, escribe: «Los intereses humanos generales prosperan mejor en términos económicos cuando las fuerzas del mercado libre pueden trascender las fronteras nacionales... Ha llegado el momento de levantar el asedio a que están sometidas las empresas multinacionales para permitirles continuar su inacabada tarea de desarrollar la economía mundial».

DESDE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

No hay ningún salto en el vacío en la exposición de esta filosofía. Para entenderlo, hay que retrotraerse a la política exterior americana, al final de la II Guerra Mundial. Estados Unidos, como gran potencia vencedora, impone un nuevo orden económico y político en su propio beneficio nacional, o más exactamente, en beneficio de sus clases dominantes. El Plan Marshall y cualquier otra ayuda gratuita o a bajo precio a los países europeos, tenían un fin principal: crear aliados potentes, interesados en frenar el desarrollo de la otra gran potencia vencedora, la Unión Soviética. Pero también tenía otros efectos secundarios; entre ellos, los de crear mercados financieros y comerciales perfectamente subordinados a Washington, por los que dar salida a los excedentes norteamericanos. La sobreproducción tenía su propia demanda.

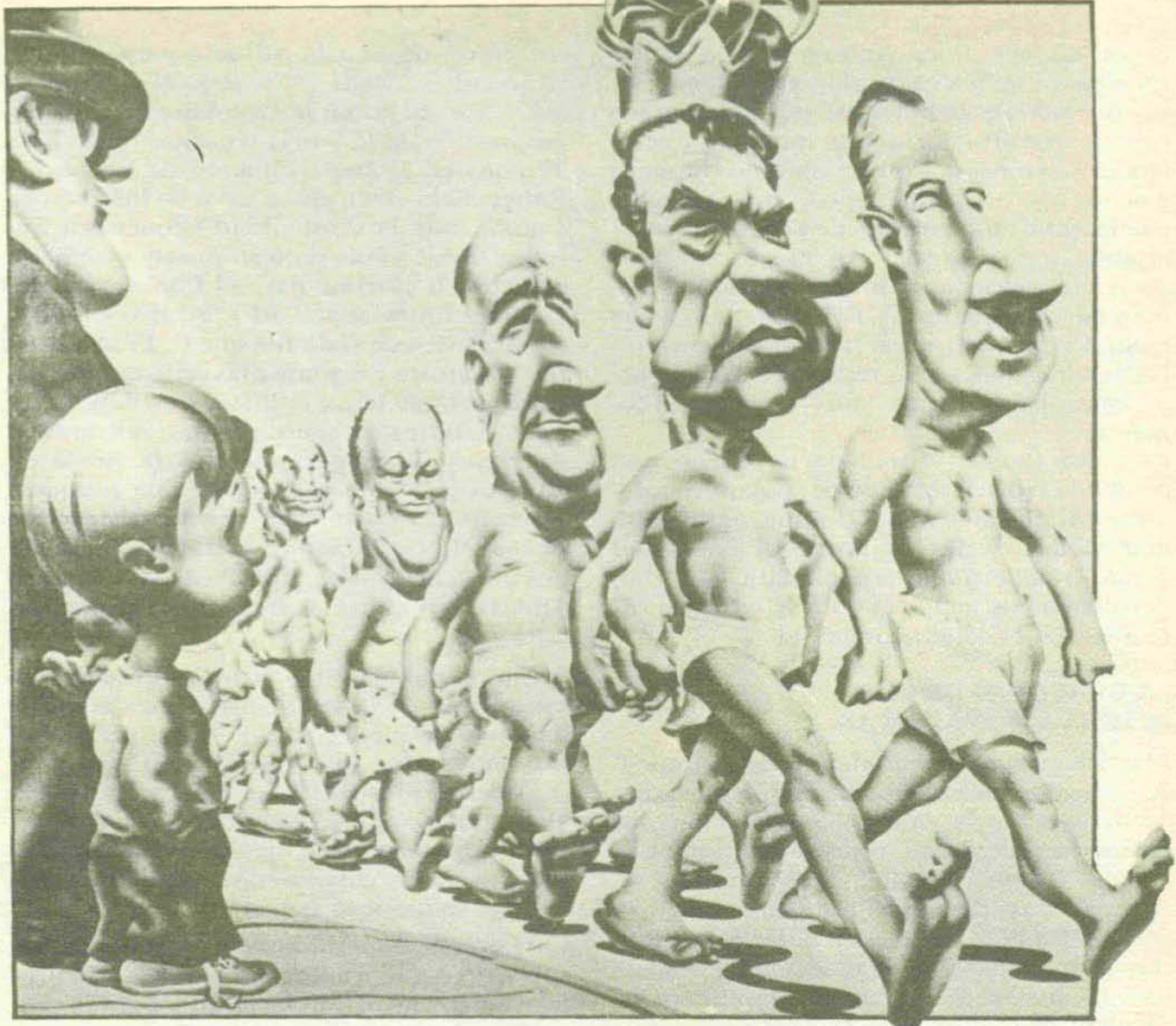
Durante el largo período de reconstrucción no hubo problemas. Los países europeos y Japón

dedicaron sus esfuerzos a la normalización de sus economías y fueron agradecidos receptores de las mercancías y del capital americano. La única dinámica desplegada fue de carácter importador. Sin embargo, conforme las economías fueron reconstruyéndose sin decaer el ritmo de la producción, esta dinámica fue cambiando de signo y el mercado interno norteamericano fue progresivamente inundándose de productos generados en el exterior. EEUU tuvo que soportar la creación de organismos supranacionales como la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero), la EFTA (Asociación Europea de Libre Comercio), y más adelante la CEE (Comunidad Económica Europea), cuya principal característica era organizar frentes proteccionistas ante los productos americanos.

Hasta mediada la década de los sesenta, los intentos europeos y japoneses no fueron tomados demasiado en serio. Estados Unidos vivía una época de prosperidad, y si bien era cierto que los exportadores americanos iban encontrando crecientes dificultades para colocar sus productos (en 1950, la participación USA en el intercambio comercial era del 18,3 por ciento del total mundial; quince años más tarde, en 1965, había descendido al 16 por 100), el capital americano penetraba potentemente en Occidente. Las grandes compañías mundiales tenían casi sin excepción capital mayoritariamente americano.

A partir de estos años, en los que especialmente Alemania Federal y Japón compiten con el comercio americano en su propio terreno, la situación cambia. Occidente ha «engordado» demasiado e inquieta al coloso yanqui. Las industrias más específicamente nacionales USA, tales como la siderurgia y la textil, que por su retraso tecnológico son las más afectadas por la nueva competencia, maniobran y utilizan sus influencias en los grupos de presión políticos, para que se acabe el «laissez faire...» y se implanten aranceles más altos. Al mismo tiempo, el sistema monetario instaurado en el año cuarenta y uno en Bretton Woods, da síntomas de obsolescencias; el yen japonés y el marco alemán se fortalecen al tiempo que el dólar —moneda centro del sistema— se debilita.

Conviene hacer un paréntesis para explicar una contradicción que hasta entonces se había soslayado: la del capital «nacionalista» y el «multinacional». En términos esquemáticos, el primero está representado por quie-



«Algunos analistas avezados vieron la influencia de la Trilateral en todo el "affaire Watergate"». (Caricatura aparecida en «Me Graphic», relativa al famoso escándalo de la Administración Nixon).

nes prefieren el proteccionismo como sistema económico, con barreras arancelarias como fronteras nacionales; los segundos, que darán lugar después al «trilateralismo», se apoyan en el liberalismo económico de origen manchesteriano, en la «mano invisible» de Adam Smith. Esta contradicción, nacionalistas-multinacionales, sirve tan sólo para formular de un modo claro, los distintos intereses en juego del capital. En la práctica no existe, al menos de un modo tan puro y mucho menos tan antagónico como el presentado. Escribiendo sobre esta rivalidad, dice Noam Chomski: «**Hay una pincelada de inocencia en estos ejercicios. La rivalidad por el poder político queda reducida a un angosto terreno de interés de clase e ideología compartida. Existen, a pesar de todo, diferencias marginales, y quizá éstas justifiquen el prestar alguna atención a la nueva administración estatal**» (refiriéndose a la de Carter) (2).

En 1968 es elegido presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon. En el centro de la vida económica USA late la anterior contradicción. Hasta el momento la mejor parte la han llevado los partidarios de la extensión sin fronteras del capital, pero en verano de 1971 Nixon da la sorpresa y anuncia la Nueva Política Económica (NEP) de matiz claramente neoproteccionista. Los «shocks Nixon» son considerados como una vuelta al nacionalismo económico, necesario para mantener una postura defensiva ante la crisis. En el terreno comercio, Nixon retoma algunas de las recetas clásicas del proteccionismo, infringiendo los acuerdos del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) —que en seis tandas de negociaciones entre 1945 y 1967 había reducido espectacularmente los aranceles a las

(2) Chomsky, Noam. «La Administración Carter y la Comisión Trilateral». *Materiales* n.º 3, pág. 49. Barcelona, mayo-junio, 1977.

exportaciones americanas— y recargando un 10 por ciento de su valor a gran parte de las mercancías importadas por los Estados Unidos. Por otra parte, y de modo indirecto, Nixon «recomendó» a los gobiernos japonés y de los países del Mercado Común europeo que facilitasen la entrada de productos americanos en sus respectivas naciones, sin excesivos aranceles, so pena de represalias comerciales o monetarias. El conjunto de estas medidas dio buenos resultados: aumentaron las exportaciones y se redujeron las importaciones USA, mejorando la balanza comercial.

En el campo de lo monetario, Nixon suspendió la convertibilidad del dólar en oro y otros valores de reserva (lo que significaba una violación de los procedimientos del Fondo Monetario Internacional); con ello, devaluaba «de facto» el dólar y reducía, vía monetaria, el déficit comercial.

LA REACCION DE LOS INTERNACIONALISTAS

Tras unos primeros momentos de estupor y de críticas meramente testimoniales, los partidarios de la internacionalización del capital a ultranza, contraatacaron. Los «shocks Nixon» habían interrumpido su «irresistible ascensión» desde finales de la II guerra Mundial. Se pueden determinar tres etapas en los pasos de la reacción contra Nixon, la última de las cuales significará la creación de la Comisión Trilateral.

En una primera etapa se produjeron deserciones importantes de la Administración Nixon, en desacuerdo con la NEP impuesta. Veamos algunas de ellas: «Phipip H. Trezise,

secretario de Estado Adjunto para Asuntos Económicos desde 1969, dejó el gobierno y entró a trabajar en la *Brooking Institution*, ese bastión de la teoría transnacional. Tras 27 años en el Departamento de Estado, J. Robert Schaetzel, embajador de los Estados Unidos ante la Comunidad Económica Europea desde 1966, dejó su puesto en 1972 y comenzó a escribir para el Consejo de Relaciones Exteriores (CRE). Y tal vez lo más significativo de todo fue que C. Fred Bergsten, dinámico y brillante favorito de los capitalistas financieros, dejó su cargo de adjunto para Asuntos Económicos Internacionales de Henry Kissinger, volvió a la *Brooking Institution* y al CRE, y lanzó una campaña encaminada a señalar el carácter destructivo de los «shocks Nixon» (en artículos publicados en «*The Washington Post*», «*New York Times*», «*Foreing Policy*» y «*Foreing Affairs*» (3).

A esta campaña se unieron representantes específicos de las multinacionales como el mismo Rockefeller, y casi todos los miembros del primer gobierno Carter (Cyrus Vance, Michel Blumenthal, Zigniew Brezinski, etc.). Constituyó la segunda fase de protestas, tras las dimisiones. Como muestra de algunas de las cosas que se escribieron, sirvan las siguientes:

— «Con ello han promovido (se refiere a Nixon y sus colaboradores) una tendencia proteccionista cuyas implicaciones para la economía estadounidense son al menos tan fundamentales como las que plantea la brusca introducción de controles en precios y salarios. Con ello han estimulado también una desastrosa tendencia aislacionista que repercutirá sobre el futuro (...); o, «las tácticas empleadas en favor de la Nueva Política Económica suponían una estrategia sumamente arriesgada que podría desembocar en la primera guerra comercial internacional desde los años 30 (...); o, «su radical divergencia de la política precedente tantas veces proclamada anteriormente, han despertado en el extranjero las naturales sospechas sobre una posible capitulación de los Estados Unidos ante el sentimiento proteccionista e incluso aislacionista (...); o, por último, «los Estados Unidos pueden provocar la desinformación del mundo occidental con sus decisiones sobre política comercial».

(3) Citado de Jeff Frieden en «*La Comisión Trilateral: economía y política en los años setenta*». *Monthly Review* mayo 1978, pág. 38.



David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank, figura clave en la configuración de la Trilateral, cuyo primer pleno se celebró en Tokio, en octubre de 1973.



«Un club de primera línea y, por lo tanto, muy restringido; su objetivo fundamental sería, como definen los estatutos, acercar a «ciudadanos privados de Europa Occidental, Japón y Norteamérica para promover una colaboración más estrecha entre estas tres regiones acerca de problemas comunitarios». (En la fotografía, los líderes de las grandes potencias del mundo occidental, reunidos en Bonn, en julio de 1978. De derecha a izquierda: Giscard d'Estaing (Francia), Carter (USA), Helmut Schmidt (Alemania Federal), Andreotti (Italia) y, más retrasado, Takeo Fukuda (Japón)).

NACE LA TRILATERAL

La tercera fase de la reacción contra Nixon cambió de signo; de una política de los internacionalistas de carácter defensivo se pasa a una etapa ofensiva: la creación de la Comisión Trilateral. «La iniciativa de formar la Comisión partió totalmente de Rockefeller. Según George Franklin, secretario ejecutivo de la Comisión, a Rockefeller «empezaba a preocuparle el deterioro de las relaciones entre Estados Unidos, Europa y Japón». Franklin explicó que Rockefeller había comenzado a exponer sus ideas ante otra cofradía selecta: «en el grupo Bilderberg —un grupo angloamericano muy distinguido que lleva largo tiempo reuniéndose—, Blumenthal dijo que en su opinión las cosas iban muy mal en el mundo y se preguntaba si algún grupo privado no podría contribuir tal vez a solucionar la situación... Y entonces David volvió a repetir su propuesta...». Luego Brezinski, íntimo amigo de Rockefeller, organizó el asunto con fondos de Rockefeller y montó la Comisión» (4).

Sin embargo, hay que destacar que la Tri-

lateral no fue creada con el fin exclusivo de vencer a la política de nacionalismo económico de Nixon. Su filosofía desbordaba esa coyuntura y por supuesto las fronteras geográficas de los Estados Unidos. Ejemplo de ello ha sido su quehacer en los siete años de su existencia: se ha detenido a estudiar la crisis de la energía que se adivinaba a principios de 1973, las fórmulas de influencia y penetración en las esferas de la OPEP; las relaciones con China; la gobernabilidad de las democracias; el sistema monetario internacional, las relaciones Norte-Sur; las colaboraciones con los países comunistas, etc. Así pues, partiendo de la idea de Rockefeller y Brezinski, se creó un club privado caracterizado por el poder financiero, técnico o ideológico de sus componentes. Un club de primera línea y por lo tanto, muy restringido; su objetivo fundamental sería, como definen los estatutos, acercar a «ciudadanos privados de Europa Occidental, Japón y Norteamérica para promover una colaboración más estrecha entre estas tres regiones acerca de problemas comunitarios».

Rockefeller y su asociado Brezinski se acercaron a los imaginarios anuarios del gghota financiero y escogieron a aproximadamente dos centenares de personas (hoy son alrededor de trescientas) que asistieron al primer pleno de la Trilateral en Tokio, en octubre de 1973. Los trilaterales

(4) «A World safe for business», de Robert Manning. *Far Eastern Economic Review*, de 25 de marzo de 1977, pág. 39. Citado por Jeff Frieden.

fueron elegidos de tres campos: financieros y hombres de *negocios muy significados* por su poder en firmas transnacionales; economistas defensores a ultranza del «new laissez faire»... e ideólogos capaces de teorizar las ventajas de un mundo sin fronteras para la economía de mercado, y al mismo tiempo, con poder para dar publicidad a esas teorías en los medios de comunicación (periodistas, abogados, publicistas, etc.). El tercer campo de personas elélgidas es el del sindicalismo amarillo, partidario «a priori» del pacto social como instrumento de colaboración de clases, y en contra del enfrentamiento sindical.

Durante sus primeros años de vida, la Comisión pasa desapercibida; sin embargo, su actividad es continua: elabora informes y estrategias que sus asociados estudiarán y tratarán de llevar a la práctica. Ya hemos citado el contenido de algunos de esos informes. Al mismo tiempo, Norteamérica está pendiente de uno de los grandes sucesos del siglo: el escándalo Watergate, en el que el presidente Richard Nixon está involucrado. Como consecuencia de este escándalo, Nixon se vio obligado a dimitir. Algunos analistas avezados vieron la influencia de la Trilateral en todo el «affaire Watergate». Un periódico, «The Washington Post», llevó hasta el final las investigaciones y las denuncias; dicho diario está relacionado con la Trilateral... Especulaciones aparte, lo cierto es que los trilaterales contemplaron satisfechos la caída de Nixon y desde el mismo momento en que se creó el vacío de poder y la interinidad en la presidencia del país, prepararon su estrategia para acceder directamente al órgano político formal de mayor poder en el mundo; comenzaba así la «prehistoria Carter».

Sin embargo, antes de entrar en ella, resulta curioso conocer la opinión que Nixon tenía de su «inacabada obra» al frente de la Casa Blanca: «Cuando dimití de este último cargo, dejé inacabada una labor que, para mí, era la más importante entre todas aquellas que había emprendido. Se trataba de establecer una nueva «estructura de paz» que pudiera evitar una guerra de gran magnitud, y, al mismo tiempo, mantener la seguridad del mundo occidental en los restantes años del presente siglo. Desde entonces, la posición de los Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética ha empeorado seriamente. Y el peligro para el mundo occidental ha aumentado en gran manera... El peligro con que Occidente se encuentra en lo que queda de siglo no es tanto el de un holocausto nu-

LA TRILATERAL

El poder de la trilateral en España

J. ESTEFANIA

akal editor



«Así pues, partiendo de la idea de Rockefeller y Brezinski, se creó un club privado caracterizado por el poder financiero, técnico e ideológico de sus componentes». (Portada de un libro sobre la Trilateral, del autor de este trabajo).

clear cuanto el de navegar a la deriva hasta llegar a una situación en la que tengamos que elegir entre la rendición o el suicidio, es decir, o rojos o muertos...» (5).

LA «PREHISTORIA CARTER»

Jimmy Carter pertenecía a la Trilateral desde su fundación. Para su provinciana carrera política en Georgia del Sur los contactos financieros que había mantenido dentro del club, le habían sido muy útiles. Estos contactos fueron los que le impulsaron al puesto de gobernador de su Estado, y los que recomendaron a Rockefeller que pusiese sus ojos en aquel joven agradable, semidesconocido —y por lo tanto nada quemado para la carrera política—, perteneciente a la industria del cacahuete y con una ideología muy adecuada para captar gran número de votos: conservador, populista, de tradición integracionista respecto a los negros, partidario de los derechos humanos que no derivasen en «excesos», etc. Es decir, con una personalidad de ruptura respecto a Nixon, tan necesaria para encontrar en aquellos momentos la confianza del americano medio, abochornado ante el mundo por un presidente corrupto y corruptor. Cuentan que la primera vez que hablaron de Carter a Rockefeller, el multimillonario americano pre-

(5) Nixon, Richard. «La verdadera...», pág. 7 y 9.

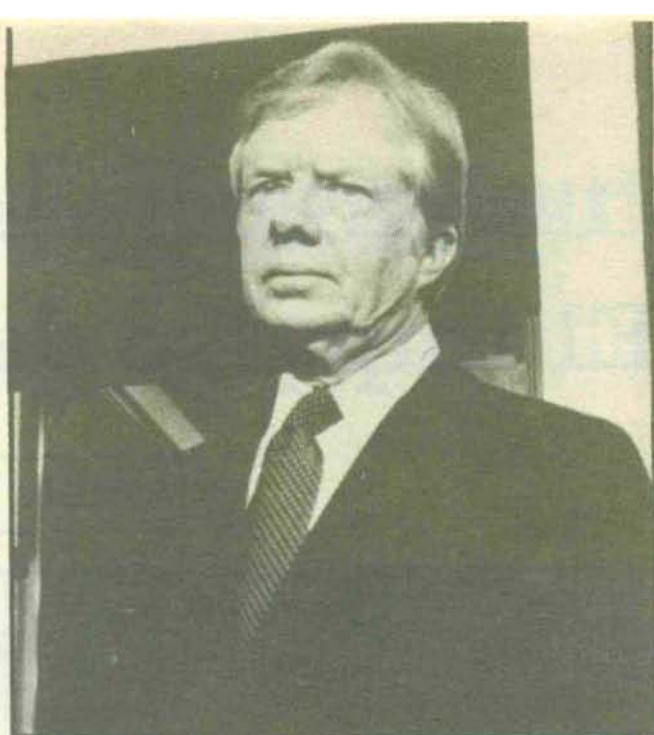
guntó: «Jimmy ¿who?». Y como «Jimmy ¿who?» figura en las primeras páginas de su biografía oficial.

Carter ha reconocido en diversas ocasiones que su entrada en la Trilateral ha sido el secreto de una rápida carrera política; hasta su ingreso, las relaciones que mantenía con el dinero-poder eran escasas, aunque algunas verdaderamente importantes. Según Ramsey Clark, antiguo secretario de Justicia de los Estados Unidos, «desde el segundo período presidencial de Ulises Grant, es decir, cuando el mayor número de miembros del gabinete estaban conectados con la compañía de Ferrocarriles de Pennsylvania, nunca se había visto un gobierno más estrechamente vinculado a las corporaciones industriales, como el de Carter» (6). Así pues, su paso por la Trilateral parece decisivo. Brezinski, en una entrevista a «Play-Boy», dice de Carter: «En los tres años siguientes no faltó nunca a una reunión de la Comisión Trilateral, y recibió de ella, y bajo sus auspicios, su educación básica en política exterior».

Enrique Ruiz García, en el texto citado, ha narrado así la entrada de Carter en la Trilateral: «El encuentro entre James Eart Carter y la Comisión Trilateral era lógico, no mecánico, no fatal. Entre sus apoyos económicos en Atlanta estaba J. Paul Austin, presidente de la Coca Cola y de los consejos de Dow Jones, General Electric, Continental Oil, Morgan Guaranty Trust, etc. Austin fue el primero de los grandes ejecutivos de la tecnoestructura (Austin forma parte también del Instituto Hudson y preside el consejo de la Rand Corporation, dos de los organismos decisivos de las Fundaciones y transnacionales en el planteamiento de estrategias paralelas a las del Estado), en organizar la colecta de fondos para Carter «como gobernador»... Brezinski pertenece también al Instituto Hudson y con el presidente Paul Austin, mantenía contactos permanentes con David Rockefeller. Las relaciones Rockefeller-Brezinski con Carter datan de 1972. En ese año, el presidente del Chase Manhattan Bank invitó al gobernador de Georgia a formar parte de una nueva organización internacional de élites que estaba

(6) Citado por Enrique Ruiz García en «La era de Carter. Las transnacionales, fase superior del capitalismo». Madrid, 1978, pág. 50.

(7) «OPEC. The Trilateral World, and the Developing Countries: New Arrangement for Cooperation 1976-80». A report of the Trilateral Task Force on Relations with Developing Countries to the Executive Committee of the Trilateral Commission.



«Carter ha reconocido en diversas ocasiones que su entrada en la Trilateral ha sido el secreto de una rápida carrera política; hasta su ingreso, las relaciones que mantenía con el dinero-poder eran escasas, aunque algunas verdaderamente importantes». (En la fotografía, Carter y, en segundo plano, su consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brezinski).

formando y que se llamaría Comisión Trilateral».

Con toda esta estructura, Carter se presenta a las elecciones presidenciales en 1976 y las gana. Es como un soplo de aire nuevo a la vida política de Washington, contaminada por Watergate, cuyas secuelas todavía no se habían apagado. Agradecido por el apoyo recibido, dieciocho miembros de su gabinete son a su vez socios de la Trilateral. Entre ellos, personajes tan representativos como el vicepresidente Walter Mondale; Brezinski, presidente del Consejo de Seguridad Nacional; Cyrus Vance, secretario de Estado y sucesor de Kissinger; Harold Brown, secretario de Defensa; Michael Blumenthal, secretario del Tesoro, etc. Inmediatamente, Carter vuelve las aguas a su cauce y los flecos de los «shocks Nixon» son borrados del mapa; se acentúan los intercambios comerciales, multiplicándose la exportación de capital americano. La política comercial de Carter se basó en la máxima liberalización, una progresiva, generalizada y automática reducción y eliminación de los aranceles sobre productos industriales, etc. En el campo monetario, Carter aplicó las conclusiones de uno de los primeros estudios realizados por la Trilateral: tipos de cambio flexibles, mejoras en la utilización de los créditos a corto plazo para limitar los déficits de las balanzas de pagos, eliminación del oro como «vehículo monetario» en el seno del FMI, uso creciente de los Derechos Especiales de Giro, etc.

Comenzaba así la era Carter... ■ J.E.M.